

# SIEMPRE PINTOR, SIEMPRE ARTISTA... MAESTRO TIBERIO

Luis Fernando González Escobar



*Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.*

**M**i padre tenía un rostro de Cristo en yeso. Era un modelado en relieve, rematado en ha-

ces metálicos o de aluminio, que salían de las sienas de ese rostro límpido y hermoso. Me encantaba más como obra que como iconografía cristiana. Lo miraba y me fascinaba. Nunca me preocupé de saber quién la había elaborado. Obviamente en la infancia no teníamos relación obra–autor, pues tampoco la casa paterna era un dechado de virtudes en obras artísticas, donde apenas descollaban litografías de cristos, santos o algún otro cuadro que mi memoria no recuerda. Al parecer, aquel rostro era un residuo del legado de un lejano y olvidado familiar, que dejó como “herencia” una gran cantidad de litografías de santos y santas de poco valor.

Un día supe que aquel rostro tenía un autor, y que ese autor era

alguien de la familia que vivía en Medellín. Llegó al pueblo a visitar a sus parientes. Recuerdo que tuvo un fugaz paso por mi casa.

Me dijeron que era artista y se llamaba Tiberio. Desde entonces me inquietó más el autor que la obra, aunque sin olvidar aquella imagen, que luego se perdió para siempre.

Luego me enteré de que Tiberio era quien había diseñado el escudo de Supía, en momentos que mi mayor preocupación juvenil era la historia local. Desde entonces entró a formar parte del grupo de héroes de mi pueblo, al lado de Siméon Santacoloma, Vicente Garrido, María Eastman, y un limitado puñado de personajes que entronizábamos en el limitado cenáculo parroquial, al que le sobraba espacio y le faltaban estrellas que iluminaran nuestra oscuridad intelectual.

Años después, lo visité en Medellín. Lo busqué y di con él. Era profesor de pintura en el Instituto de Bellas Artes. No me acuerdo de qué conversamos. Sólo una imagen borrosa en el tiempo de aquel encuentro. Por otros años nos dejamos de ver, hasta que hizo un mural para el fallido proyecto del Centro Cívico Cultural del pueblo,

pero la pequeñez mental e intelectual, más la mezquindad de nuestros dirigentes no permitió su cabal cumplimiento. Quedó el pueblo en deuda con el mural de Tiberio.

Con el andar del tiempo logré hacerme a un cuadro con el boceto del mural. No sé si era el mismo del proyecto u otro diferente. Pero era un homenaje a la geografía y al paisaje, a la variedad étnica de los pobladores, a los símbolos históricos, en general a esa iconografía propia de la parroquia. Colgaba en una pared de la relojería de Alfonso Gañán, su sobrino. Fueron varias vacaciones en mi pueblo negociando con Alfonso. Él como siempre, tomador de pelo, pedía demasiado por ella. Tal vez no era tanto por lo que pudiera valer sino mi incapacidad económica. Hasta que en una de esas vacaciones, él bajó de precio y yo subí de capacidad de compra y me quedé con esa obra, pese al enojo de mi esposa que no entendía el por qué de mi emoción y desespero por sacar la plata del bolsillo, ver descolgar la pintura y tenerla en mis manos.

En relativo mal estado, para mí era una joya, ante mi esposa era una pérdida de plata. Luego, cuando la vio restaurada y enmarcada, y de saber la historia, reconocer el



*Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.*

valor y el significado, me dio la razón. Todavía espera un lugar digno en mi casa.

Pero Tiberio se me había perdido otra vez. O yo me fui por mi mundo. Nuevamente nos encontramos. Ahora jubilado, vivía en el barrio La Cabañita, del municipio de Bello. A su taller-vivienda llegamos de sorpresa un día con un hermano y una hermana. Ese día nos reconocimos una vez más.

Todavía vital, nos tomamos unos tragos y conversamos largo tiempo. En el hablado –dejos y acentos, como José, el de Pereira– y en la forma de su rostro estaba el rastro de la familia Sanz.

Su pelo encanecido y su figura remitía al viejo Pedro Felipe Sanz, también pintor, que en mi niñez conocí en la casa de la antigua calle Real, cuando todavía era de tierra y piedra. Lo seguí visitando.

El taller tenía mucha actividad.

Lo visitaban alumnos y alumnas que recibían sus clases allí. Otros pintores de barrios aledaños hacían uso del espacio para trabajar sus obras. Él era un referente en el medio cultural bellanita. Tiberio trabajaba en sus propias obras. El espacio olía a trementina, óleo y pintura. En las paredes colgaban obras de otras épocas, más recientes o en proceso. Allá, una vista de la catedral de Manizales, otra, de La Ermita de Cali, en los años sesenta tal vez; o, en otro lugar, un mercado campesino, una calle empedrada y unos muros de tapia, que daban cuenta de sus épocas de la Asociación Antioqueña de Acuarelistas, algo que recordaba con afecto y orgullo por el reconocimiento que había logrado allí.

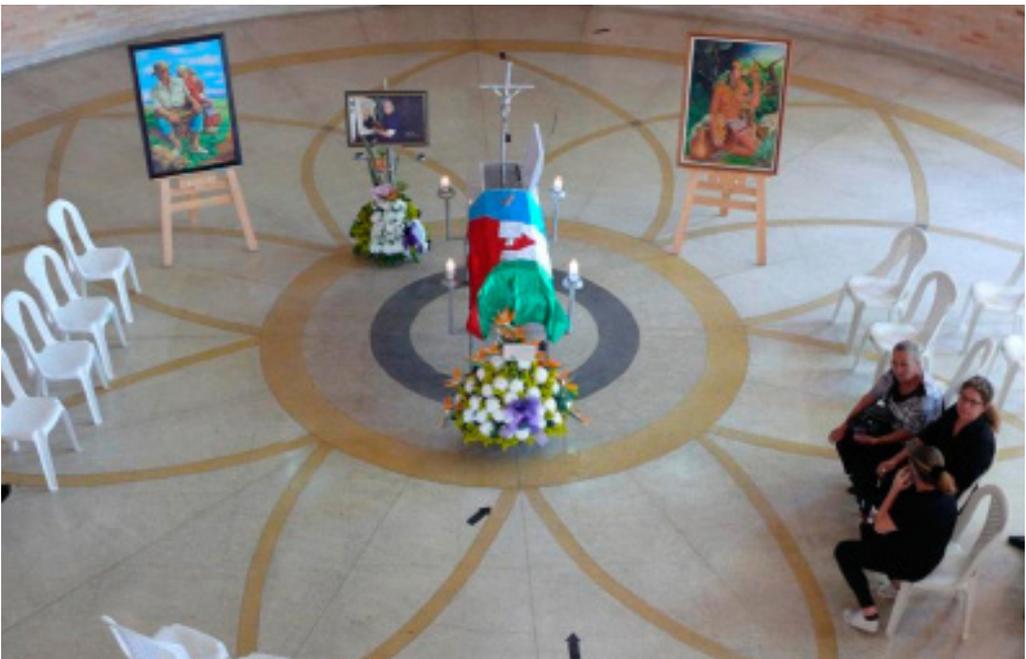
También paisajes y bodegones coloridos, tormentas marinas a lo Turner, rostros negros, indígenas y campesinos, cuadros abstractos y figurativos, esculturas geométricas, grabados y miniaturas, y un

largo etcétera que saltaba de lo abigarrado de las obra en muros, cielo raso, o parados en cualquier espacio, recostados en sillas, mesas, caballetes o entre ellos mismos en un equilibrio precario.

Hablamos varias veces. Me contó de su salida del pueblo a estudiar en el Instituto de Bellas Artes de Manizales, la acogida de la familia Santacoloma y las vicisitudes en la institución. Lo llenaba de satisfacción haber terminado allá y graduarse, pese a salir de un pueblo donde ser pintor no debía ser gran cosa y los recursos eran precarios. La vuelta al pueblo y las pocas posibilidades que podía tener allá. Entonces, la marcha hacia

Bello (Antioquia), cuando un fotógrafo de apellido Garcés, creo, le ofreció trabajo para retocar y colorear fotografías. Esa fue su actividad artística inicial. Pero por ella sentó reales y estableció plaza en el norte del valle de Aburrá, desde los años sesenta del siglo pasado, y donde fue declarado como hijo adoptivo en 2001.

Concursos ganados, exposiciones individuales y colectivas, el recuerdo de amigos pintores y de otros artistas muy reconocidos, de los que estuvo próximo, como Pedro Nel Gómez y Jorge Cárdenas, fueron motivo de conversación. Pero también el olvido, el abandono, el silencio sobre su



*Ilustraciones hechas por Horacio Marino con la técnica fotozincografía. Con dibujos como estos el autor ilustró su propio libro.*

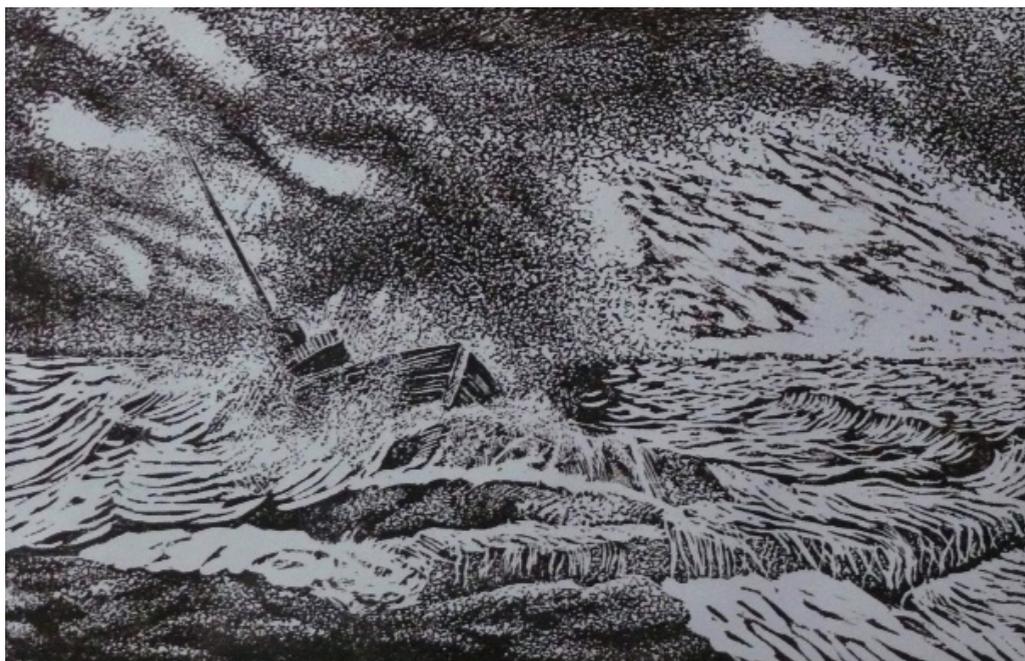
obra. La frustración que significa el rechazo de sus cuadros por parte del Museo de Antioquia, así fueran donados. No sé si en el catálogo y en los fondos del Museo se incluía alguna acuarela o un óleo suyos. Pero él quería e intentó que fuera recibida alguna de sus pinturas para dejarla como legado allí. La respuesta fue lacónica: no estaban recibiendo obras. El arte era otro, los museos se concebían ya bajo otros parámetros. Se le hacía inexplicable y absurda esa negativa. Ya no eran los tiempos del Museo de Zea y la Asociación de Acuarelistas, eran los tiempos del Museo de Antioquia, Botero y los MDE, que lo dejaron atrás,

a mucha distancia, con una obra que ya no cabía en los parámetros estéticos de los tiempos de las curadurías.

El recuerdo grato de una alumna, Astrid Mora, que llevó su obra a España, que aún le escribe y le envía cosas, ahora desde Holanda. Pero, en general, lo que le dolía era la falta de reconocimiento, especialmente la ingratitud de su pueblo natal, donde apenas le mencionan por ser el autor de su escudo. Esas pobres narrativas oficiales que apenas alcanzan para los documentos de planes de desarrollo o en la página de Wikipedia para despachar en un renglón: "El escudo original, que repo-



*Ilustraciones hechas por Horacio Marino con la técnica fotozincografía. Con dibujos como estos el autor ilustró su propio libro.*



*Ilustraciones hechas por Horacio Marino con la técnica fotozincografía. Con dibujos como estos el autor ilustró su propio libro.*

sa en el Museo de Arte Religioso del municipio, fue elaborado en óleo por el artista supieño Tiberio Sanz Correa”. Nada más sobre su vida y obra.

Entonces el taller se vuelve un espacio denso que carga con el paso del tiempo y el deterioro inherente. Un espacio de encierro y abandono. Donde los pasos se vuelven lentos y la incapacidad de caminar lo convierte en difícil de abarcar y recorrer. Ya la rutina es otra. Son pocos los visitantes.

Los alumnos no llegan. Adentro el tiempo es parco y afuera el tráfico intenso. Los carros pasan incesantes con su descarga tóxica y su bullicio de pitos. Las calles

aledañas se han llenado de negocios –tiendas, talleres, almacenes, minimercados– y la posibilidad de salir y trasegar se le vuelve imposible. Nadie sabe que allí hay un taller de pintura. Ha quedado enclaustrado. El pintor y su obra a nadie le importan. Esa vejez que retratará el filósofo italiano Néstor Bobbio en *De senectute*, “ofendida, abandonada, marginada por una sociedad mucho más preocupada por la innovación y el consumo que por la memoria”.

Vuelvo de un viaje al extranjero. Para mi sorpresa no hay nadie. El taller está cerrado y abandonado.

El taller de motos vecino se ha apoderado del andén y lo que fue

un antejardín. No tengo noticias.

Mi sorpresa y temor es grande.

¿Qué sucedió en los días de ausencia?

Decía el poeta y escritor chileno Antonio Skarmeta que él no era un navegante sino un náufrago del internet; así apareció un día Tiberio en las redes sociales. Como un náufrago tirando su botella pero sin indicar la posición de su isla: "Te extraño, Luis Fernando". Estaba vivo pero no sabía dónde hacía su vida ni cómo encontrarlo. Escribimos al Facebook. No obtuvimos respuesta por semanas. Mi esposa, con su capacidad detectivesca, se metió en las redes, hasta que un día me dio la buena noticia que tenía el teléfono. Lo llamé de inmediato y me contestó. Estaba en un asilo de ancianos en un pueblo más al norte de Bello, en Girardota.

Fui de nuevo a su encuentro, con aprehensión y cierto temor. Pero él mismo y el lugar lo disiparon. Después de haber buscado en varios sitios, pues aquel pueblo parece que se especializó por su clima en tener casas para recibir ancianos, di con la que era. Detrás de la iglesia, después de pasar un puente sobre una quebrada, llegué al portón de una caballeriza,

y luego de subir unos peldaños de piedra, a una casa vieja sobre una pequeña prominencia. Era el sitio.

Allí, en un corredor estaba el Maestro Tiberio. "Hombre, mijo, creí que no iba a venir", fue su saludo. Había sido su decisión, concertada con su hija, alguien que para mí es un fantasma, pues solo la conozco en un retrato que él le hizo, pero a la que nunca he visto, en tantos años de ver al Maestro.

Sonriente, tranquilo y plácido.

Ya había colonizado esa esquina norte del corredor frontal de la antigua casa finquera, pintada en un amarillo curuba y verde en zócalos y maderas. Era su nuevo taller de trabajo: una mesa con las pinturas y pinceles, un caballete y una obra en proceso. A su espalda, clavados en un cartón piedra, pegado en el muro de la fachada, exhibía sus últimos trabajos.

Él, sonriente, sosegado, miraba el paisaje que nos rodeaba. Seguía pintando. Su razón de ser en la vida.

Apenas nos despediéramos, volvería a su cansina vida en la comunidad gerontológica, entre su existencia solitaria y la soledad de su obra, hasta su muerte en diciembre de 2017. El mundo del arte, de las galerías o las pági-

nas culturales de entretenimiento no se enteraron, ni de su muerte, ni de su obra. Los cenáculos lejanos no alcanzaron a visualizarlo. Una vacía cámara ardiente en un salón de la Casa de la Cultura del municipio de Bello, con unos pocos familiares y conocidos, fue su despedida de pintor local. Tal vez no entrará a formar parte de la historia del arte con mayúscula. Se perderá en el anonimato como tantos otros pintores que han pensado más que en la gloria en la pasión de su arte. Son los cadáveres exquisitos que han poblado el universo del arte para que otros refuljan como estrellas. Ellos, silenciosos como Tiberio, seguirán, siendo “maestros”...

*Medellín, (11 de febrero de 2017-marzo 2019).*



**N°25**

BOLETÍN CULTURAL  
Y BIBLIOGRÁFICO

ESCRITOS DESDE LA SALA